

Darlington, quedó ciega. Recobró la vista por milagro, pero sus lágrimas no pararon de correr. Su vista quedó muy débil al final de su vida.

LA VOZ DE LA VIRGEN

¡Oh tu que habitas en los jardines, los amigos desean oír tu voz! ¡Házmela oír!¹⁰



“Ella lleva un fruto que sobrepasa toda dulzura. Todo lo que está en María, todo lo que viene de María es dulzura. Dulce es el espíritu de María, como Ella misma lo atestigua. Mi espíritu es dulce, que puso en el mundo un hijo tan dulce, del cual Ella misma dijo: Mi bienamado, es todo deseable. Dulces son los pensamientos de María, de quien San Jerónimo dijo en un sermón: «La

gracia del Espíritu Santo la había colmado plenamente. El divino Amor la había inflamado por completo, tanto que no había en Ella nada que estuviese atado al mundo, sino que todo era fuego continuo y embriaguez de un amor desbordante». Dulce era la palabra de María, como así lo atestigua su Esposo: «Miel destilan tus labios, miel y leche están en tu boca.»¹¹

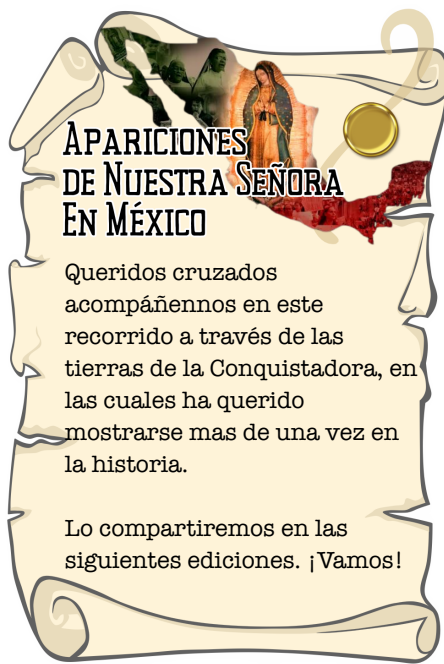
“Es un hecho histórico que el lenguaje de nuestra Señora era el lenguaje de una mujer extraordinariamente refinada. Su inclinación natural la habría hecho fácilmente poetisa. Cada vez que hablaba salían las palabras con un ritmo verdaderamente poético. Su fraseología era el lenguaje pintoresco de un artista en palabra.”¹²

CONCLUSIÓN

“También la Iglesia canta: ¡Oh dulce María! Dulce es la imagen de María, que los artistas hacen, con tanto esplendor, tanto celo y tanta dulzura, con preferencia sobre las imágenes de los otros santos, y que los fieles veneran con tanta alegría, antes que a cualquier otra. ¿No veis que las iglesias están llenas de la imagen de María? Esto es señal evidente de que todo corazón debe estar lleno de su memoria. He aquí los dulces frutos de la palmera. He aquí estos dátiles que María ha derramado sobre la tierra de los mortales. ¿De

qué calidad serán los que distribuye a los ciudadanos de allá arriba en la patria de los vivos? Allí la veremos, no en su imagen de oro o de marfil, sino cara a cara, en su cuerpo santísimo. Allí veremos su rostro con nuestros ojos, que hemos deseado ver, llorando, por tan largo tiempo aquí abajo. Allí nos sentaremos cerca de nuestra Madre, de la que ahora estamos tan alejados. Allí podremos hablar no de Ella, sino con Ella. Allí no abandonaremos ya nunca su gloriosa presencia.

Oh, ¿cuándo llegará eso? ¿Pensáis que la veremos? ¿Pensáis que perseveraremos? ¿Pensáis, Madre de Misericordia, que esté escrito en alguna parte en el libro de vuestro Hijo que debamos veros así con Él? Que esperándolo, os lo ruego, «vuestras lágrimas nos sean el pan y el día y la noche» hasta que nos sea dicho: ¡Hijo, he aquí a tu Madre!¹³



APARICIONES DE NUESTRA SEÑORA EN MÉXICO

Queridos cruzados acompañennos en este recorrido a través de las tierras de la Conquistadora, en las cuales ha querido mostrarse mas de una vez en la historia.

Lo compartiremos en las siguientes ediciones. ¡Vamos!

Cruzada Cordimariana México

www.fsspx.mx

¹⁰ Cantar de los Cantares 8,13

¹¹ SAN ALBERTO MAGNO, Obras Completas, BAC, “Sermones Marianos” Acerca del deseo de ver a María

¹² LORD, “Nuestra Señora en el mundo moderno” citado en el “Manual oficial de la Legio Mariae”, Concilium Legionis Mariae, De Montfort House, Dublín, Irlanda, pág. 130

¹³ SAN ALBERTO MAGNO, Obras Completas, BAC, “Sermones Marianos” Acerca del deseo de ver a María.

CRUZADA CORDIMARIANA

AVE C R MARIÆ

Primer sábado
6 de enero

Intención del mes:
Por el futuro de la FSSPX

“VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS”

“¡Hermosa mía, ven! Paloma mía, que anidas en las grietas de la peña. Hazme ver tu rostro, déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce y tu rostro es encantador”¹

LA MIRADA DE LA VIRGEN

Los ojos son las ventanas del alma. ¡Que serán entonces los ojos de la Virgen Inmaculada! Si ponemos atención, nos daremos cuenta de que, en un gran número de oraciones dirigidas a la Santísima Virgen, le pedimos que nos dé “una mirada de bondad” y particularmente en el “Salve Regina” le suplicamos que “**vuelva a nosotros, esos sus ojos misericordiosos**” antes de ir a descansar.

Los niños se quedan dormidos bajo la mirada de sus madres y eso les asegura de todo mal y su protección maternal en las horas de obscuridad. Los niños pequeños también suelen llorar de imprevisto cuando voltean y no ven a su madre, pues viéndola están tranquilos y seguros de que nada malo puede suceder. Tal vez por eso la Iglesia pone estas palabras en el Oficio Divino antes de ir dormir.



El mismo Espíritu Santo se complace en alabar esa mirada que infunde pureza y animo: “**¡Que hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán hermosa eres tú! Tus ojos son palomas, detrás de tu velo!**”²

Inclusive el mismo Dios no puede resistir esa mirada inmaculada que lo doblega para que atienda sus ruegos maternales: “**Hermosa eres, amiga mía, amable como Jerusalén, temible como batallones de guerra. Aparta de mi tus ojos, porque ellos me conturban.**”³

Las expresiones que nos dejó al respecto la pastorcita de la Salette, Melania Calvat son de una profundidad admirable: “**La vista de la Santísima Virgen era en sí misma, un paraíso pleno. Tenían en Ella todo lo que podía satisfacer; pues la tierra era olvidada. Los ojos de la Santísima Virgen, nuestra tierna Madre, no se pueden describir por una lengua humana. Para hablar de ellos, sería preciso un serafín; sería preciso más, sería preciso el lenguaje de Dios mismo, de ese Dios que ha formado a la Virgen Inmaculada, obra maestra de su Omnipotencia. Los ojos de la Augusta María parecían mil y mil veces más hermosos que los brillantes, los diamantes y las piedras preciosas más buscadas; brillaban como dos soles; eran dulces de la dulzura misma; claros como un espejo. En sus ojos se veía el**

Paraíso; atraían a Ella. Parecía que Ella quería darse y atraer. Mientras más la miraba, más la quería ver. Mas la veía y más la amaba y la amaba con todas mis fuerzas. Los ojos de la Hermosa Inmaculada eran como la puerta de Dios, en donde se veía todo lo que puede embriagar el alma. Cuando mis ojos se encontraban con los de la Madre de Dios, sentía dentro de mí una feliz revolución de amor y de deseo de amarla y fundirme en su amor. Al mirarnos, nuestros ojos se hablaban a su manera y yo, la amaba tanto que hubiera querido abrazarla en el medio de sus ojos que enternecían mi alma, y parecían atraerla y hacerla fundir con la suya. Sus ojos provocaron un suave temblor en todo mi ser; y temía de hacer el menor movimiento que pudiese serle desagradable aún un poquito.

¹ Cantar de los Cantares 2, 14, ² Cantar de los Cantares 4, 1 & 1, 14, ³ Cantar de los Cantares 6, 3



Esta sola vista de los ojos de la más pura de las Vírgenes hubiera sido suficiente para ser el Cielo de un bienaventurado; hubiera sido bastante para hacer entrar un alma en la plenitud de las voluntades del

Altísimo entre todos los eventos que suceden en el curso de la vida mortal; hubiera sido bastante para hacer que esa alma hiciese continuos actos de alabanza, de agradecimiento, de reparación y de expiación. Esa sola vista concentra el alma en Dios y la hace como una muerta viviente, mirando ya todas las cosas de la tierra, aun las que parecen más serias, como juguetes de niños. Esta alma quisiera ya, oír hablar solamente de Dios.⁴

Eso es lo que refleja la mirada de la Virgen: a Dios, solamente a Dios. Dante en la Divina Comedia pone en lo sumo del Cielo el trono de Nuestra Señora, quien está viendo a Dios. Los ángeles y los santos llegan a los pies de su trono suplicándoles que se digne regalarles una mirada para ver en ella reflejado el brillo de la divinidad:

“Contempla ahora –me dijo San Bernardo– la faz que más se asemeja a la de Cristo, pues sólo su resplandor podrá disponerte a ver a Dios”(…) todo cuanto antes había visto no me había causado tal admiración, ni me había mostrado mayor semejanza con Dios.

“Virgen Madre, hija de tu Hijo, la más humilde al par que las más altas de todas las criaturas, término fijo de la Voluntad Eterna, tu eres la que has ennoblecido de tal suerte la humana naturaleza, que su Hacedor no se desdenó de convertirse en su propia obra. Eres aquí para nosotros meridiano sol de caridad, y abajo para los mortales vivo manantial de esperanza. Eres tan grande, Señora, y tanto vales, que todo el que desea alcanzar alguna gracia y no recurre a Ti, quiere que su deseo vuele sin alas. (...) este [es decir: Dante] te suplica le concedas la gracia de adquirir tal virtud, que pueda elevarse con los ojos hasta la salud suprema de suerte que pueda contemplar abiertamente el sumo placer. Te ruego, además, ¡oh Reina, que puedes cuanto quieres! Que conserves puros sus afectos después de tanto ver...” Los ojos que Dios ama y venera, me miraron y me demostraron cuan gratos le son los devotos ruegos. Después se elevaron nuevamente hacia la Luz eterna en la cual no es creíble que la mirada de criatura

alguna pueda fijarse. Y yo siguiendo sus ojos, miré hacia arriba y mi vista fue adquiriendo más y más pureza y claridad y penetraba gradualmente en la alta luz que tiene en sí misma la verdad de su existencia. Desde aquel instante, lo que vi excede a todo humano lenguaje...”⁵

No nos debe extrañar en el énfasis que ponemos en la mirada de Nuestra Señora cuando pensamos que toda la vida de Nuestro Amado Redentor se desarrolló bajo la mirada de su Madre. Lo primero que vio el Divino Bebé fueron los ojos de la Madre y fue también lo último que quiso ver, por eso inclinó su cabeza antes de expirar.

Ahora bien, ese ha sido el deseo de los santos: ¡vivir bajo la mirada de la Virgen Santa! Tenemos todo un sermón de San Alberto Magno al respecto:

“Ah, ¡qué bella y graciosa estás en medio de vuestros encantos! ¿No es delicioso ver y cumplir lo que es tan agradable de decir y meditar? Yo no hablo al corazón frío y desdeñoso, sino al corazón piadoso. Pensad, os ruego, en esto: una joven, Virgen y Madre a la vez, tenía en su seno virginal a su propio Hijo, y sabía que era Dios y hombre; y Él, con sus tiernas manos, abrazaba el pecho sagrado de la Virgen, y ella con sus bienaventurados brazos envolvía el pequeño cuerpo de su Hijo; Él, bebiendo, levantaba los ojos con bondad hacia el rostro de su madre, y Ella, inclinando su santa cabeza, miraba con devoción a los ojos de su Hijo. Y en esta mirada se cumplía todo el misterio de su intimidad.”⁶



El Padre Lombaerde utiliza esta idea de la mirada de Nuestra Señora, para mostrar lo rica en aplicaciones espirituales que pueda ser para las almas que anhelan vivir en la intimidad de la Virgen Santísima: “¡María me está viendo! ¡que pensamiento tan embriagador! Nada tan consolador y que tantos alientos comunique como la mirada de María fija sobre nosotros.

La mirada de la Virgen Inmaculada es mirada de Madre. ¿Y qué cosa más dulce para un hijo que la presencia de Aquella que lo es todo para él? Puede amar a Dios y le amaré sin duda con ardor. Pero parece que no logra

hacerlo sino en su Madre y en cierto modo por su Madre.

La mirada de María es mirada de Reina. ¿Y qué cosa tan alentadora puede haber para un fiel vasallo como la presencia de Aquella que puede premiar su valor y servicios? Agradando a la madre de un rey, sobre todo si tanto la ama que de algún modo participa del reino, se puede esperar segura recompensa.

Hijo de María, al encontrarte solo, lejos del mundo, de sus fiestas y ruidos, reprime suavemente la imaginación, calma tus preocupaciones y dite: ¡María me ve y su mirada está fija sobre mí!

Y esta idea traerá la paz a tu alma, la luz a tu inteligencia y a tu corazón emociones quizá hasta entonces desconocidas. Experimentarás que no estás solo en realidad; que cerca de ti está la dulce Virgen María; que su mirada, en la que resplandecen la fe, la dulzura, la misericordia y el amor, te rodea como una atmósfera de paz y de piedad. ¡Y qué deseable es vivir en esa atmósfera y respirar ese aire saturado de María!

Cuando estés en compañía de otros, en medio de tus recreaciones, vuelve también suavemente los ojos a María y di: ¡La Virgen Inmaculada me mira!

Esa mirada pondrá en tus labios palabras afables y caritativas; reflejará en tu mismo rostro y en la expresión de sus rasgos, ese no sé qué de bondad y dulce atractivo que penetra y gana los corazones. Amarás y te verás amado de tu prójimo.

Esa mirada será como un suave vínculo entre ti y las personas con las que tratas. En todos tus modales brillará algo de María y brillará un rayo de su Corazón, que vendrá a reflejarse en tu modo de proceder.

Durante las ocupaciones más absorbentes, que a pesar nuestro, nos llenan el corazón y el pensamiento de ideas inquietantes, y en medio del mismo trabajo material, levantemos los ojos y veamos fija sobre nosotros la mirada de María.

Esa mirada calmará nuestra excesiva actividad, alejará inquietudes perturbadoras y molestos pensamientos, e infundirá en el corazón esa calma y dulce paz que sabe: obrar sin agitación; sufrir sin perturbación; prevenir sin inquietud; perseverar sin presunción. En todas partes la mirada de María nos estimulará, nos dirigirá, nos sostendrá y nos levantará.

¡Oh, la mirada de María! Pruébalo, piadoso hijo de María; es todo un ideal lo que nos muestra e inspira.

¡Es tan dulce la mirada de María!... ¿Y seríamos nosotros duros y egoístas ante ella? ¡Es tan pura la mirada de María!... ¿Y podríamos nosotros complacernos en cosas que nos rebajan y envilecen ante ella? ¡Es tan compasiva la mirada de María!... ¿Y nos quedaríamos nosotros insensibles a las miserias y a los sufrimientos de nuestros hermanos bajo su influjo? ¡Es tan elevada de la tierra la mirada de María!... ¿Y nos dejaríamos nosotros absorber por los cuidados y las preocupaciones de la tierra, fijando a menudo nuestros ojos en Ella?

Fijemos nuestra vista en la de María y repitémosle con el corazón y con los labios: «¡Vos sola, oh María, Vos sola! ¡Que vuestra mirada me proteja, me defienda y me lleve a vuestro Hijo!»⁷

LAS LÁGRIMAS DE LA VIRGEN

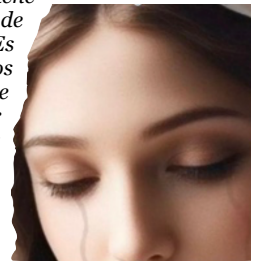
Podemos encontrar en esta mirada de Nuestra Señora todas las gracias que el Buen Dios quiere manifestarnos, incluso aquella que más conviene

a nuestra condición de pobres pecadores. Es por eso que podemos aprender en los ojos de la Virgen a llorar nuestros propios pecados y miserias: “La Santísima Virgen lloraba casi todo el tiempo que me habló. Sus lágrimas corrían una por una lentamente hasta sus rodillas, y, como centellas de luz, desaparecían. Eran brillantes y llenas de amor, hubiera querido consolarla, y que no llorara más. Pero me parecía que necesitaba enseñar sus lágrimas para demostrar mejor su amor olvidado de los hombres. Hubiera querido echarme en sus brazos y decirle: ¡Madre mía buena, no llore!” Yo quiero amarla por todos los hombres de la tierra” Pero parecía decirme: “¡Hay tantos que no me conocen!”

Yo estaba entre la muerte y la vida, viendo por un lado tanto amor, tanto deseo de ser amada, y, por otro lado, tanta frialdad, tanta indiferencia. ¡Oh Madre toda bella y toda amable, amor mío, corazón de mi corazón...”⁸

“El pecado es el único mal que la Virgen ve en la tierra. Moriría de dolor si Dios no la sostuviese. Amen.”⁹

Que bien lo guardó en su corazón Melania, pues da tanto llorar por los pecados que veía durante su estancia en el Carmelo en



⁴ Melania Calvat, “La Aparición de la Santísima Virgen sobre la montaña de la Salette el 19 de septiembre de 1846” apartado V, Castellamare, 1878, citado por León Bloy en “La que llora, Nuestra Señora de la Salette” París, 1908, traducción de Ed. MariKolbe, pág. 132

⁵ DANTE ALIGHIERI, “Divina Comedia” Paradiso, Canto XXXIII, Porrúa, México, pág. 326

⁶ SAN ALBERTO MAGNO, Obras Completas, BAC, “Sermones Marianos” Acerca del deseo de ver a María

⁷ LOMBAERDE, “Espíritu de la Vida de intimidad con la Virgen Santísima” capítulo 12, ed. Reconquista, Buenos Aires 2002, pág. 79, ⁸ Melania Calvat, “La Aparición de la Santísima Virgen sobre la montaña de la Salette el 19 de septiembre de 1846” apartado V, Castellamare, 1878, citado por León Bloy en “La que llora, Nuestra Señora de la Salette” París, 1908, traducción de Ed. MariKolbe, pág. 131, ⁹ Ídem. Pág. 134.